

## Monument Valley

Javier Extremera



## Doménico Codispoti

Que el “Premio Jaén” de piano late y está vivo, pariendo cada año savia nueva al teclado, lo volvió a demostrar el pasado martes Domenico Codispoti, desde esa infranqueable trinchera cultural en que se ha convertido La Económica. El italiano volvía de nuevo a la ciudad que lo laureó en 2004, alzándose con el Premio Rosa Sabater. Aquel joven músico se ha convertido en un pianista maduro de voz propia. Con sólidas y disciplinadas maneras, de contundente y robusto sonido (repleto de decibelios) y con un agradable sabor a musicalidad de vieja escuela. Codispoti es un intérprete ideal para esas piezas de “bravura”, siempre bien apuntalado en el eficaz uso del pedal. Obras que además de técnica exigen un despliegue sonoro poderoso y férreo, capaz de esclavizar oídos. Volvió con un programa exclusivamente romántico, copado por el Dios Chopin y Rachmaninov, otro de esos compositores errantes que siempre suspiró por la patria perdida.

Pese a unas algo gélidas y mecanizadas “Mazurkas Op. 30”, armónicamente inexpresivas y rítmicamente sombrías, con el que el calabrés arrancó su estupendo recital, la Tercera de las Sonatas del coloso polaco, si dejó entrever al Codispoti creador, con una lectura desprovista de sentimentalismos baratos, directa y sin sofisticaciones plásticas, agarrado a un fraseo lírico y elegante, mezclado con hondas pinceladas de color y un generoso uso del rubato. Al italiano le gusta enfatizar el aspecto danzante de algunos pasajes, como ese memorable “Largo”, donde uno se topa cara a cara con el humanismo chopiniano.

El espinoso y complejo universo de Rachmaninov fue notable y certero a la hora de desplumarlo de su exhibicionismo circense; desnudando la música para que ella misma fuera la que se expresara por sí sola. Limpieza de exposición que ahondaba en la raíz romántica y melancólica de los “Preludes” y “Études-Tableaux”, ejecutados con precisión y generosidad melódica, en lecturas vehementes e intensas, explotando todos los recursos del instrumento. Para concluir, se decantó por la versión “aligerada” de la Segunda de sus Sonatas, obra (casi sinfónica en sus dedos de acero) con momentos brillantes pero también plagada de gratuidad en su parte final (muchas notas pero poca música). Curiosamente una de las partituras que le ayudaron en 2004 a llegar a nuestra final y que –cosas de la vida– catorce años después volvía a resonar en sus manos en este Jaén, que desde su trampolín lo lanzó a la jungla concertística. Él sigue vivo y coleando.